



La integración simbólica

El impacto de la comunicación en la creación del tejido social de Maracaibo (Venezuela)

Sumario

La cuestión social. La imposición estatal vs. Coacción de la ley. América Latina, una versión propia. Los símbolos compartidos de la comunicación. Efectos de los medios. Relaciones personales y grupales. Expresiones anómicas. El caso de la sociedad marabina. Atenuantes culturales.

Resumen

El artículo revisa las ideas formuladas acerca de la integración social. Se plantea desde la perspectiva de la comunicación, buscando establecer cómo ésta interviene en el proceso de formación de la cohesión social, en el ámbito específico de la sociedad marabina. Se trabaja con un enfoque teórico plural y se construye un modelo de análisis a partir de la comparación entre las realidades materiales y simbólicas, en Maracaibo. Dos conclusiones relevantes son: primero, que la potencialidad tecnológica de los medios y su capacidad para generar una amplia gratificación sobre la audiencia contribuye a matizar las carencias materiales y las contradicciones sociales. Segundo, en la actualidad la exigencia de construir ciudadanía supone un ejercicio que se sustente en condiciones de mayor igualdad en el intercambio comunicativo.

Palabras clave: Integración social, exclusión social, comunicación, ciudadanía, producción simbólica.

Abstract

This article tends to establish the role communication plays in the development of the social cohesion, in Maracaibo (Venezuela). A model of analysis have been made by comparing both the material and the symbolic reality. As a result, two significant conclusions are taken into account: firstly, that the potentiality -technologically sapeaking- of the media along with its capacity of producing satisfaction to the audience, contributes to attenuate the social contradictions. Secondly, nowadays, the construction of citizenship suggests more equality in the exercise of the communicative interchange.

Key words: Social integration, communication, citizenship, symbolic.

Artículo: recibido: 10 de marzo de 2003; aprobado: 10 de abril de 2003

Orlando Villalobos Finol: Licenciado en Comunicación Social. Magíster en Gerencia de la Comunicación. Profesor, Universidad del Zulia (Maracaibo), Venezuela.

Correo electrónico: ovillalobos@cantv.net

Alexis Romero Salazar: Sociólogo. Magíster en Sociología del Desarrollo. Doctor en Ciencias del Desarrollo. Profesor, Universidad del Zulia (Maracaibo), Venezuela.

Correo electrónico: romeros@cantv.net

La integración simbólica

El impacto de la comunicación en la creación del tejido social de Maracaibo (Venezuela)

Orlando Villalobos Finol
Alexis Romero Salazar

Introducción. Premisa básica

El presente artículo aborda el problema de la integración social desde la óptica de la comunicación, en el caso específico de la sociedad marabina. El trabajo responde al propósito de conocer las causas que explican el comportamiento de esta sociedad, cómo se configura su tejido social para, a partir de allí, plantearse lo que significa crear ciudadanía. Para lograr ese cometido se somete a revisión y discusión la idea, el concepto de integración social, tal como se ha venido considerando hasta ahora, incluyendo las aproximaciones más recientes sobre esta temática. Eso con la finalidad de hacer un ajuste teórico con esta categoría de análisis y establecer una perspectiva propia desde la cual se planteará el estudio.

Con frecuencia se emplea el término integración como sinónimo de asociación económica. Las otras connotaciones, políticas, culturales y sociales, quedan supeditadas a esa primera definición. El discurso predominante de la época, que se inspira en las posibilidades de la globalización, entiende la integración como un problema de mercados. Por eso se plantea, y se insiste, en acuerdos, pactos y asociaciones entre países, organismos internacionales y corporaciones. Pero no toda integración es económica. Si así se le entiende se le limita a la actividad que se da en el mundo de las empresas, del trabajo y del consumo, es decir, se estaría considerando sólo un segmento del arco iris del problema. Además, ese enfoque que da primacía a lo económico en la explicación en los fenómenos sociales se revela insuficiente en su intento de interpretación porque obvia otras variables y claves necesarias para aproximarse y comprender la realidad estudiada. Se requiere, por tanto, una visión más amplia que incorpore las diversas dimensiones de la integración, por cuanto cada una tiene la importancia suficiente como para que puedan ser consideradas materias de estudio y de investigación.

En este caso específico, el problema se plantea desde la óptica de la integración o cohesión social. Es decir, la forma de relacionarse los integrantes de un grupo o de una sociedad; las formas que surgen para propiciar la convivencia ciudadana y los mecanismos de inclusión y de exclusión social que se desarrollan. Empleamos el término ciudadano entendiendo que de algún modo constituye un problema porque la persona

excluida del proceso social en los hechos pierde su condición ciudadana, no participa de la ecuación benefactora deberes-derechos.

Integración social alude la forma como se estructura la sociedad, como se organiza y se cumplen procesos por medio de los cuales los seres humanos “constituyen intenciones significativas y con mayor o menor éxito las aplican en situaciones concretas” (Parsons, 1974, p. 15). Las intenciones implican una disposición para modificar la relación con la situación o ambiente, en el sentido deseado. La palabra “significativo” se refiere al nivel simbólico o cultural. En consecuencia, el trabajo se plantea tanto en su dimensión material como en su referente simbólico o comunicativo.

En la tradición intelectual, la integración o cohesión social se ubica en términos del consenso que se pueda establecer en una comunidad o sociedad. En tal sentido se adjudica a la ideología la función de intervenir para opacar las diferencias y propiciar la aceptación de la realidad. Cuando el mecanismo ideológico falla o se ve en dificultades para cumplir su cometido, se pasa a depender de la coerción que se pueda ejercer.

Puede decirse que desde el punto de vista clásico, la integración social se apoya en una combinación de fuerza y consenso. En una sociedad con síntomas de desintegración, “el grado de consenso tiende a ser relativamente bajo y la intensidad de los conflictos alta” (Ahumada, 1967, p. 34). Sin embargo, el problema de la integración puede explorarse desde otras perspectivas y más recientemente se le asocia con la existencia de una mayor equidad social, la cual tiene una traducción que puede medirse a través de una serie de prerequisites: 1) Respeto a la institucionalidad democrática y al Estado de derecho; 2) Articulación (existencia) de grupos sociales heterogéneos, es decir, vigencia de derechos económicos, sociales y culturales; 3) Establecimiento de mecanismos propios de la sociedad civil, es decir, el fortalecimiento de los grupos; 4) Cultura pluralista, más convivencia y más comunicación; 5) Crecimiento de las redes sociales; y 6) Fortalecimiento de una cultura de la paz.

No obstante, integración no constituye una palabra mágica, de modo que en sí misma no

indica igualdad o posibilidades de progreso. En una sociedad puede presentarse una elevada integración como resultado de la existencia de factores socioculturales que se expresen mediante la adhesión religiosa o ideológica. De manera que puede haber sociedades muy inequitativas que salven sus diferencias o contradicciones marcadas debido a la presencia de fundamentalismos en el plano de las creencias o las ideas.

Planteado desde este enfoque el problema de la integración, se entiende que el acento se coloca en la creación del consenso. La salvedad es indispensable porque en América Latina y en Venezuela los regímenes de fuerza han ocupado un rol protagónico a lo largo de la historia. En Venezuela sólo se transitó por un período de relativa estabilidad entre 1958 y 1998, luego de la caída de M. Pérez Jiménez. Pero, incluso en ese lapso, el forcejeo entre las expresiones militaristas y la civilidad han mantenido una permanente disputa. Desde 1999 se ha intentado aplicar en el país un programa de reformas, lo cual ha propiciado una situación de alta conflictividad.

El trabajo se desarrolla desde una perspectiva teórica, pero sustentándose en un enfoque plural que incorpora distintos puntos de partida para la reflexión. En tal sentido, se incorporan distintas perspectivas que contribuyen con este estudio. Se incluye el aporte de Martin Hopenhayn, Dario Melossi, Marx, Gramsci y de Ahumada, quien ha legado una lectura venezolana del problema. Para nutrir la óptica comunicacional se incluye el punto de vista de Wright Mills, Klapper y Pasquali, principalmente.

Para cumplir los propósitos del trabajo se construye un modelo de análisis a partir de la comparación entre la conformación de las realidades materiales y simbólicas, en el ámbito específico de la sociedad marabina. En lo que corresponde al campo específico de la comunicación, el estudio se orienta por la perspectiva trazada por la corriente teórica que estudia los efectos generados por los medios masivos, a partir de la capacidad de la audiencia, para utilizar a su conveniencia el contenido que le ofrece el contenido mediático.

La hipótesis que sirve de guía al trabajo es la siguiente: la producción de bienes simbólicos, propiciada por la comunicación, compensa



o atenúa el déficit de integración social. Las prácticas, costumbres y saberes compartidos, generados desde el ámbito de la comunicación, hacen posible que las carencias materiales no se transformen en anomia o caos definitivo. El trabajo se circunscribe al contexto de la sociedad marabina, por cuanto ésta tiene unos rasgos específicos: históricos, lingüísticos, culturales y comunicacionales que la distinguen.

Para formular el problema de investigación se plantea como interrogante principal: ¿Qué se entiende por integración social? Otros interrogantes son: ¿Cuáles son los indicadores de integración material en la sociedad marabina? ¿Cuáles son los indicadores de integración simbólica? ¿Cómo se contrarrestan dichas tendencias hacia la anomia social?

Tres aproximaciones al tema de la integración social

La "cuestión social"

El tema es de vieja data en la agenda de debate de las ciencias sociales. En la obra de Marx aparece como un asunto capital el análisis de "la cuestión social". En tal sentido, estudió la "anatomía" de la sociedad civil como un sinónimo de la economía política, que en su época constituía el discurso dominante. Desde su óptica, la cohesión y la equidad debían producirse en el plano de la igualdad económica y para ello era imprescindible abolir las divisiones de clases. La base de la equidad se situaba en el plano económico, material. Sólo así la unidad social pasaría a ser una posibilidad. En su argumentación, tanto las condiciones jurídicas como las formas políticas no pueden comprenderse por sí mismas "ni a partir de lo que ha dado en llamarse el desarrollo general del espíritu humano, sino que por el contrario radican en las condiciones materiales de vida" (Marx, 1859, p. 4).

En Marx la socialización de los individuos está condicionada por la manera como se organiza la vida material. Este es, prácticamente, el eje de su pensamiento. Para decirlo con sus palabras: "el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social y espiritual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino por el

contrario, el ser social es lo que determina su conciencia" (Marx, 1989, p. 6-7).

Gramsci, por su parte, postula el concepto de la hegemonía, según el cual un grupo social, de la clase trabajadora o de los capitalistas, prevalece en la sociedad e impone sus condiciones. Esta dominación la hacen efectiva los representantes políticos de estos grupos. La hegemonía se construye a través de una relación compleja de doble naturaleza, "de fuerza y consenso, de autoridad y hegemonía, de violencia y civilización, de lo individual y lo social" (Gramsci, 1981). Se trata de una doble naturaleza en la que una no existiría sin la existencia de la otra. En la visión de Gramsci deben coexistir el "uso de la fuerza, la autoridad y la violencia, y no obstante, al mismo tiempo debe o puede estructurarse el consenso y la hegemonía" (Melossi, 1992, p. 123).

En el análisis de Gramsci se establece una clara relación entre la coerción, ejercida mediante el poderío del Estado, y el consenso, resultado del acuerdo, de un comportamiento buscado, generado. El problema para Gramsci estaba en ganar la "batalla" por la hegemonía para edificar una determinada cohesión social, en su caso que estuviera al servicio de las clases trabajadoras y no de los capitalistas.

La imposición estatal vs. La coacción de la ley

Otro enfoque para hacer una revisión del problema es el que compara las dos realidades de integración que configuran Estados Unidos y Europa. Merece ser citada porque implica a la comunicación y le otorga suficiente relevancia en el proceso de construcción de la cohesión social.

En Europa ha prevalecido el modelo arraigado en la presencia avasallante del Estado. Su antecedente es "el Estado napoleónico centralizado, con su aparato institucional e ideológico de carácter autoritario, condescendiente y embrutecedor" (Melossi, 1992, p. 134). Hay predominio de la ideología del Estado, se piensa que éste resulta necesario para la sociedad y la idea subyace en el imaginario colectivo. La sostienen por igual masas y élites, pueblo y autoridades. Una consecuencia visible de esta manera de pensar es que los funcionarios públicos "afirman presuntuosamente que son

los servidores de una entidad llamada Estado, en vez de serlo de una colectividad de individuos a quienes deberían servir, el público” (Melossi, 1992, p. 131). Esta generalizada percepción del predominio estatal origina el clientelismo, tanto en la política y la economía, como en el resto de las instituciones. El problema crucial pasa a ser el dominio del aparato estatal para “ejercer el poder”, intentar desde arriba los cambios que se consideran válidos y sobre todo para ejercer el privilegio de administrar el ámbito público, designar funcionarios, emitir órdenes y decretos e imponer una determinada forma de gobernar. En Estados Unidos, en cambio, ha habido el expreso propósito de rechazar la estructuración del Estado en el sentido europeo (Melossi, 1992: 137). La naturaleza de la sociedad no es estatal. El antecedente de este modelo puede ubicarse en el hecho de que en los primeros tiempos esa era una democracia de pequeños propietarios rurales y urbanos que fue posible “debido a la abundancia en tierras vírgenes de las que resultaba fácil apropiarse, así como merced a una ideología religiosa que predicaba la hermandad, el ahorro, el industrialismo y una relación personal y directa con la divinidad, sin la mediación de una organización del tipo de la iglesia” (Melossi, 1992, p. 138).

Todos estos antecedentes explican la tendencia de los estadounidenses a afianzar el principio de la cohesión social en las leyes comunes acordadas en la Constitución, y no en un Estado, con alcances exagerados o con amplios fueros. Una vez marcada esta inclinación o tendencia, surge el interrogante de cómo constituir un tipo de sociedad en la cual los valores democráticos sean asumidos por los individuos y no se dependa del Estado rector, juez, árbitro y agente que todo lo decide.

Tocqueville contestó ese interrogante señalando que había una relación directa entre democracia -el tipo de democracia- y comunicación. Distinguió entre dos regímenes: la censura y un sistema de control (social) sustentado en la libertad de prensa. “Lo cierto es que un sistema de control basado en el poder de la censura para decir no, es mucho más débil que un sistema capaz de dar forma a la opinión pública” (Melossi, 1992, p. 141). La censura interfiere y bloquea la circulación de las ideas, pero no puede impedir su existencia. El segundo

sistema genera convicciones propias, íntimas. Por lo tanto, por esta vía se consigue mayor unidad y cohesión.

Llegado este punto del giro necesario, Estados Unidos no sigue el modelo europeo de crear una unidad política, respaldada por un aparato estatal de control férreo; un dios-Estado que regula y regimenta la vida social. En cambio, da el paso de concebirse “como el resultado de un trabajo: la producción de unidad, expuesta a riesgos y al azar (...) la coacción el derecho seguían siendo importantes pero quedaban subordinadas a la formación del consenso” (Melossi, 1992, p. 146).

Este es el punto que nos interesa distinguir. La noción diferente que se conforma entre un modelo y otro. En el caso europeo la tradición intelectual postula una integración que depende de un dios-Estado que se adjudica el privilegio del derecho, la norma, los controles políticos y legales. La tradición estadounidense, por su parte, apela a la opinión pública y a la comunicación para generar consenso. Dicho de otra manera, el derecho, la norma, se hace eficaz únicamente si se articula junto a un público cohesionado alrededor de una opinión pública, mayoritaria, sólidamente constituida.

Esta versión de lo que sucede con la integración de la sociedad estadounidense ubica el problema principal en la creación del consenso a partir de la opinión pública. Allí se produce la batalla principal. Es decir, se escenifica en el campo de la comunicación. La que se da entre los individuos, los grupos sociales, las comunidades y las organizaciones.

Esta noción implica un enorme riesgo porque, a sabiendas de lo que representa la comunicación, se le puede también emplear con propósitos perversos. Al respecto resulta ilustrativo el análisis realizado por Arendt (1998) de los documentos del Pentágono sobre la guerra de Vietnam. La autora demuestra que ya para 1965 resultaba evidente que E.U. no podía conseguir una victoria clara sobre ese país asiático. Sin embargo, el proyecto bélico continuó adelante, para lo cual se generaron estrategias de difusión dirigidas a crear un clima de opinión favorable a la iniciativa. El esfuerzo estuvo dirigido a convencer al ciudadano norteamericano de la pertinencia de la acción bélica. En palabras de Arendt (1998) los



“solucionadores de problemas” y “elaboradores o formuladores de decisiones” hicieron cuanto pudieron “para ganar las mentes del pueblo”, eso es para manipularle. Si lo anterior se admite como válido -punto de vista que aquí tratamos de desarrollar- la batalla decisiva en la sociedad ocurre en el campo de la opinión, del derecho a la información, en la forma como articula y gana vigencia la libertad de pensamiento y el derecho a la información.

América Latina, una versión propia

En materia de comunicación, América Latina no puede decirse que se amolde a uno u otro modelo. Esta es una realidad diferente. En todo caso, toma elementos de uno y de otro, y crea sus propias alternativas. A diferencia de Europa, en donde los medios más influyentes están en manos del Estado, por ejemplo en materia de TV en España predomina la cadena estatal RTE, en Italia la RAI, en Francia TV5, en América Latina en su mayor parte los medios son de propiedad privada y operan como organizaciones con fines de lucro, aunque están sujetos a controles estatales. Según datos de Ciespal (1990) el 66,9% de la radio está en manos privadas, en TV el 85,4% y los diarios son de propiedad privada en 93,9%. En esto siguen una tendencia estadounidense.

Igualmente, poseen otras características similares a las estadounidenses: las ganancias de los medios proviene de la venta de espacio a los anunciantes de publicidad, la instalación de una estación de radio o TV requiere de una licencia que otorga el Estado, y cada estación audiovisual o medio impreso se rige por la doctrina de la responsabilidad social, es decir, es responsable del material que difunde y asume -en teoría- las consecuencias de los contenidos que transmite. Estas similitudes hacen que en América Latina -y en Venezuela- prevalezcan las corporaciones mediáticas privadas. Es decir, en materia de medios masivos seguimos la tendencia estadounidense. No así en lo referente al Estado, en donde hay más semejanzas con el modelo europeo de un Estado fuerte y todopoderoso.

América Latina, entonces, tiene su propia realidad comunicacional. La comunicación, como tema de investigación, aparece asociada

con disciplinas antropológicas, sociológicas, psicológicas; no obstante el crecimiento de las corporaciones privadas, se ha mantenido históricamente la tendencia a explorar y experimentar con formas alternativas de uso de la comunicación, con características horizontales, dialógicas y colectivas -en Venezuela está en boga la creación en este momento de emisoras comunitarias-; en el campo audiovisual se ha expresado en corrientes como el nuevo cine latinoamericano; la radio cubre amplias zonas campesinas, de población analfabeta, y representa una opción democratizadora de la comunicación. Un hecho relevante es que esa realidad mediática, que se potencia cada vez más, multiplica su capacidad para influir en la población y lo hace con su carga de producción simbólica. La cobertura radial es casi total y la televisiva alcanza el 70 por ciento (De la Torre, 1997).

¿Cómo interpretar esa especificidad latinoamericana? En tal sentido resulta útil ponderar que las tendencias recientes a la globalización ponen en tela de juicio la imagen clásica de la integración social. Hopenhayn (2000, p. 14) la ubica como una ecuación en la que intervienen una tendencia más lenta de los procesos de integración socioeconómica y un portentoso desarrollo de opciones de gratificación simbólica por vía de la apertura comunicacional actual, que se experimenta a escala internacional. Es decir, la presenta como una relación entre una integración dura, que incluye lo material, el empleo, las condiciones de vida, y una integración sujeta a la creación de símbolos, imágenes y creencias.

Esta lectura se expone en términos de paradoja porque crecen las brechas sociales, pero también lo hacen las redes comunicacionales. “Las sociedades se fragmentan, pero a la vez se enriquecen con la diversidad. Suben los puntos de la integración simbólica mientras la desintegración material es un escándalo. Tal vez el escándalo no se traduce en grandes movilizaciones sociales, precisamente porque la gente encuentra sucedáneo en los canales de integración simbólica”, dice Hopenhayn (2000, p. 17).

Eso quiere decir que se trata de un problema complejo. Requiere, por lo tanto, de la confluencia de indicadores múltiples que

señalen la posibilidad de acceder al standard de vida moderno: empleo, servicios de salud, movilidad socio-ocupacional, vivienda y mejor calidad de vida, en síntesis. La integración queda asociada a la posibilidad de hacer uso efectivo de la ciudadanía, lo cual significa participación efectiva en la vida social, con deberes y derechos; significa sentido de pertenencia, de inclusión y de ninguna manera de exclusión de la vida social. “Una sociedad integrada es la utopía de la modernidad, si entendemos por integración la pertenencia de todos los miembros en forma activa en tanto los reconoce ciudadanos”, ha dicho Castronovo (1998, p. 8). Hopenhayn (1998, p. 13) entiende la integración social como “mayor justicia social, mayor equidad, mayor propiedad común sobre el capital, y mayores funciones redistributivas desde el Estado”. A mayor igualdad tiende a incrementarse la justicia social, la ciudadanía y a prevenirse la exclusión. Dicho al revés, una mayor desigualdad genera una menor integración. Este punto de vista corresponde a la teoría del desarrollo latinoamericano, la cual asocia integración social con procesos virtuosos, favorables, en los que los grupos sociales van accediendo de manera paulatina a mejores condiciones de vida.

Para los efectos de esta investigación interesan, en particular, las posturas sobre la integración social que establecen una relación entre lo material y lo simbólico, y ésta que la asocia con una mayor opción de acceso a la ciudadanía moderna. Siguiendo con la línea argumental que se ha expuesto, el problema surge, en el ámbito teórico, al intentar establecer esa relación entre la integración dura, que incluye lo material, y la gratificación simbólica que inunda a la sociedad.

En el caso de América Latina, la visión de Cepal evidencia que si antes existió una asociación cercana entre la integración simbólica y la material, “ese vínculo hoy está roto, o más bien atrofiado del lado de la integración material y desbocado por el lado del consumo simbólico. Mientras el acceso al bienestar material se ha estancado y la exclusión social no se revierte, por otro lado se expande más que nunca el acceso a bienes simbólicos como la educación

formal, la TV y la información actualizada” (Hopenhayn, 1998, p. 17).

De acuerdo con los datos estadísticos de la Cepal, entre 1980 y 1990 el consumo por habitante en América Latina descendió en 1.7 %¹. En el mismo período, en América Latina y el Caribe el número de televisores por cada mil habitantes aumentó de 98 a 162; además, se hicieron sentir los efectos de logros educativos acumulados en décadas precedentes, elevándose de forma considerable el promedio educativo de la población joven. Vale decir: mientras el acceso al conocimiento, imágenes y símbolos aumenta fuertemente, se reducía el consumo de bienes “reales”. En el período señalado, países como México, Venezuela y Brasil vieron crecer con fuerza la industria mediática y la cobertura y logros escolares, mientras la reducción de la pobreza o el mejoramiento de la calidad de vida mostraban una evolución muy distinta (Hopenhayn, 1998, p. 125).

La disociación entre lo material y lo simbólico se expresa en resultados que evidencian fisuras o rupturas. Un resumen (Hopenhayn, 2000, p. 11-12) que merece tenerse en cuenta es el siguiente: en América Latina de la esperanza de la integración por vía de la urbanización se pasó al desastre psicosocial, material y ecológico de las ciudades; del acceso progresivo a ocupaciones modernas a la explosión de la informalidad laboral, de la promesa de la movilidad social a la amenaza del desempleo, y de una imagen de acceso a los beneficios de la modernidad hacia una realidad que se expresa en la distribución regresiva de los ingresos y los frutos del crecimiento.

Los símbolos compartidos de la comunicación

Los efectos. Lo que la gente hace con los medios

El estudio sobre la influencia que ejercen los medios masivos tiene como antecedente inmediato el crecimiento de la capacidad de los medios masivos para ampliar su cobertura. El fenómeno se mostró con mayor contundencia durante la Segunda Guerra Mundial, por el

¹ Entrevista realizada a Martín Hopenhayn. Caracas 5.04.2002



papel que se le otorgó a la radio, la televisión y la prensa durante la contienda. Por ejemplo, el rol que el nazismo le dio a la propaganda de masas generó alarma y preocupación. Se pensó que si las previsiones totalitarias se cumplían y las sociedades resultaban arrastradas hacia determinadas posturas, los resultados serían catastróficos porque las personas podían ser manipuladas e inducidas a actuar en una determinada dirección.

En principio se concedía una mayor preponderancia al medio masivo, entendido como un emisor. La teoría hipodérmica, sustentada en la orientación conductista del modelo estímulo-respuesta, establecía que los efectos de los medios eran decisivos en su amplitud y calidad. Existía el temor de que los mensajes de la propaganda se podían imponer e “inocular” en los individuos. Según la teoría hipodérmica, “cada individuo es un átomo aislado que reacciona por separado a las órdenes y a las sugerencias de los medios de comunicación de masas monopolizados” (Wright Mills, 1963, p. 203).

Estos enfoques siguieron una línea reduccionista en cuanto al alcance de los medios. Se conformaron con observar las reacciones conductuales y actitudinales aisladas en la onda de lo que Wright Mills definiera como “empirismo abstracto” (Guinsberg, 1985, p. 13) y dejaron de lado la vinculación con lo social. El empeño estuvo centrado en observar la participación de los medios masivos en el proceso de socialización como factores neutrales que intervienen en la formación del consenso social.

Posteriormente, con el auge del funcionalismo en la sociología norteamericana, a partir de los años cuarenta, se da curso a estudios experimentales y empíricos que se proponen probar el impacto que generan los medios en las audiencias. Surgen estudios psicológicos experimentales que revisan la complejidad de los elementos que entran en juego en la relación que se produce entre emisor, mensaje y destinatario (Wolf, 1991: p. 36), tienden a estudiar por lo tanto la eficacia de la persuasión; se investiga sobre factores relativos a la audiencia, en cuanto al material presentado en una campaña informativa y su absorción por parte del público; se plantean problemas como la exposición

selectiva, es decir, cómo los miembros de la audiencia tienden a exponerse a la información más afín a sus actitudes y a evitar los mensajes que les resultan discordantes.

Desde el punto de vista de los factores vinculados al mensaje, con fines de persuasión, se registran ítems como la credibilidad del comunicador -cuando se tiene confianza en el emisor se eleva la eficacia del mensaje-, el orden de las argumentaciones -¿cuáles argumentaciones son más eficaces, las iniciales o más bien las finales en favor de una posición contraria?-, la exhaustividad de las argumentaciones -el impacto de un aspecto y de los dos aspectos del tema-, y la explicitación de las conclusiones -¿las conclusiones deben quedar explícitas o implícitas? (Wolf, 1991, p. 47-50).

Del presupuesto inicial que le daba primacía al medio en su capacidad de influencia sobre el público, se ha llegado a la conclusión de que los efectos que ejercen los medios son muy limitados. En apoyo de esta perspectiva, Klapper (Klapper, 1975, p. 78) presentó las siguientes conclusiones sobre las audiencias de los medios:

“las personas tienden, en términos generales, a leer, observar, o escuchar las comunicaciones que presentan puntos de vista con los cuales ellos mismos se encuentran en afinidad o simpatía y tienden a evitar comunicaciones con un matiz diferente (...) la gente se expone a la comunicación de masas en forma selectiva. Selecciona el material que está de acuerdo con sus puntos de vista acerca de opiniones e intereses existentes y tiende a evitar material que no está de acuerdo con esos puntos de vista e intereses (...) las personas que están expuestas a comunicaciones con las cuales no sienten afinidad o simpatía no es raro que deformen el contenido de manera que terminan por percibir el mensaje como si apoyara su propio punto de vista”.

De acuerdo con esta evolución de la investigación sobre el impacto generado por los medios se le da un vuelco a la creencia que antes existía. Ya no se trata “de lo que hacen los medios con la gente”, sino al contrario “de lo que hace la gente con los medios”. Entonces, las personas buscan conseguir gratificaciones en los medios y no están a expensas de sus directrices u orientaciones; usan los medios

para satisfacer necesidades, conseguir escape emocional y obtener sugerencias sobre cómo enfrentar ciertos problemas (Lozano Rendón, 1996, p. 184).

Las relaciones interpersonales y grupales

En principio, la comunicación está reservada para la interrelación humana. Eso significa que trasciende el concepto de “medio”, entendido éste como el canal artificial, técnico o la tecnología que permite la difusión del mensaje. “Todo medio es (...) la extensión de una preexistente y más genérica capacidad humana de comunicarse”, dice Pasquali (1978, p. 41). Comunicación, entonces, es el sistema de signos y símbolos compartidos que generan un código o lenguaje descifrable o decodificable entre quienes participan en el diálogo. En consecuencia, cuando se hace referencia a la comunicación se incluye a los medios masivos, pero se trasciende a estos. Es decir, “la comunicación sobrepasa los medios de comunicación masivos para ser prácticas, saberes, relaciones y producciones sociales de múltiples sentidos, donde la técnica y lo tecnológico constituye sólo una parte” (Díaz Larrañaga, 1998). Esto no implica subestimar a los medios en los procesos sociales, sino más bien incluirlos en un debate aún mayor. Si la comunicación es esencialmente producción de sentidos y de significaciones sociales, entonces se instala como un factor necesario de la cultura, cambiante, renovador y dinámico.

Lo anterior pone de manifiesto que no puede obviarse la relación directa entre las personas, mucho menos si se considera que el problema es que en la perspectiva de la integración social en la sociedad marabina esa interrelación entre las personas y grupos está matizada por prejuicios sociales, que generan barreras en la comunicación y por ende déficit de integración.

La existencia de prejuicios sociales ha sido ampliamente debatida por la psicología social y se ha convenido que el prejuicio “es una actitud negativa injustificable hacia un grupo y los individuos que lo integran. El prejuicio es previo al juicio; nos inclina en contra de una persona con base sólo en su identificación con un grupo particular” (Myers, 1997, p. 346). Una persona con prejuicios hacia determinado grupo social tiende a considerar a sus miembros

de manera negativa, simplemente porque pertenece a ese grupo (Baron y Byrne, 1998). El problema es complejo porque éstas son evaluaciones negativas que pueden derivarse de asociaciones emocionales o de la existencia de estereotipos, de simplificaciones y reducciones, de generalizaciones de la realidad. La tendencia a estereotipar a los demás es consecuencia del hecho de que esa actitud, o estrategia, ahorra esfuerzos de comprensión y de conocimiento. Puede afirmarse que “los estereotipos son atajos cognitivos” (Baron y Byrne, 1998, p. 229). El prejuicio incide en la manera de actuar, de razonar y de actuar.

La pregunta que tiene que formularse es acerca de si existen prejuicios sociales y estereotipos en la sociedad marabina. La respuesta lógica apunta en dirección afirmativa, pues estamos ante el caso de una sociedad compleja y contradictoria. Por ejemplo, ya se ha mencionado la existencia de una comunidad de extranjeros -colombianos en su mayoría-, de indígenas -wayúu, yucpas, bari y añú- y de foráneos -otros nacionales que sobresalen por su presencia en la población marabina-, pues la existencia de prejuicios en contra de estos grupos se evidencia en una serie expresiones y refranes que se transmiten mediante el lenguaje y que aparentan inocencia. Se dice, por ejemplo, que “el colombiano que no lo hace a la entrada, lo hace a la salida”, “indio comido indio ido”, “trabajo como un negro para vivir como un blanco”. Se señala que fulano “estaba indio”, para llamarlo ignorante. Se afirma que el país se está “colombianizando”, cuando se quieren advertir síntomas de violencia en la sociedad. Cuando se quiere criticar algo se dice que “eso es una gringada”.

Añádase a estos prejuicios de origen étnico muchos otros de diversos orígenes. En materia de género todavía existe la opinión que considera a la mujer como el “sexo débil”, capacitado sólo para trabajos que no impliquen esfuerzos intelectuales y físicos; en el terreno económico abundan los prejuicios que consideran que las clases pudientes se han formado robando o mediante prácticas de corrupción, o que la riqueza no la produce la gente sino la naturaleza. O también, viceversa, que los pobres tienen esa condición porque son “flojos y amigos de la parranda” o “los pobres deben saber el sitio que les corresponde”. Además, se tienen que agregar los



prejuicios vinculados a la participación política, que expresan una carga de agresividad, y sobre la administración de justicia. Por ejemplo, se admite como moneda corriente que “los jueces son corruptos” o que a “los delincuentes se les ubica por su condición de pobreza”.

La interrelación individual y de grupos muestra la existencia de prejuicios que crean obstáculos para la integración social. Valga la aclaratoria de que esa no es una circunstancia particular de la sociedad marabina. Se manifiesta en las diversas sociedades y culturas que deben corregir prejuicios raciales, de género y de diversa índole. Sin embargo, para el caso que estudiamos es un dato del que no se puede prescindir.

Expresiones anómicas

Si bien el producto simbólico comunicacional sirve de soporte a la cohesión social, en la medida en que genera expectativas comunes, homogeneiza el estilo de vida, conduce a pensar que se puede vivir de una determinada manera y que lo que no se tiene ahora puede alcanzarse tarde o temprano, no puede obviarse que todo eso ocurre mediante un proceso complejo, contradictorio, que no puede eludir ni escapar del conflicto.

Pensar lo contrario conduciría a concederle a la comunicación un efecto mágico que de ninguna manera posee. Efectivamente actúa e interviene, deja huellas de su capacidad para influir, pero no puede borrar el mapa de carencias y dificultades que emanan de la realidad social.

Constantemente, la sociedad pone de manifiesto las tendencias anómicas que surgen de la interrelación social. El problema tiene viejos antecedentes en las ciencias sociales. Anomia es un concepto con fuerte anclaje en la tradición sociológica. En algunos casos se le concede la interpretación casi literal de vacío de normas. Esta apreciación se nutre de la línea argumental según la cual anomia es sinónimo de ausencia de reglamentaciones, desorden o simplemente anarquía.

La explicación clásica de Durkheim (1974) plantea el problema en términos de falta de normas. Sin embargo, ese no es el caso nuestro, marabino. La pregunta lógica sería ésta: ¿En esta sociedad nuestra de inicios del tercer

milenio, acaso se puede hablar de ausencia de normas? El problema quizás sea otro o por lo menos está planteado en sentido diferente. Una cultura muy particular ha impuesto ideas que dicen: “Se acata pero no se cumple” o “si nadie los cumple, por qué yo los voy a cumplir”, que auspicia un estado generalizado de ilegalidad.

El punto de vista que más contribuye a explicar lo que aquí sucede es el que plantea que la anomia no es una carencia de normas, sino un problema de límites. Faltan límites a lo que la gente puede desear o hacer. La sociedad se hace:

“relativamente permisiva con respecto a las sanciones al individuo transgresor; de hecho, aunque se alejen de los medios legítimos institucionalizados, puede llegar incluso a premiar a aquellos individuos que, sin importar cómo, alcancen las metas valoradas socialmente, como es el caso, por ejemplo, con el éxito, el dinero, y el poder en la sociedad estadounidense” (Girola, 2000, p. 95).

El problema no es de falta de normas, sino de incumplimiento, de su inobservancia; de falta de límites. Si se comparan estas apreciaciones teóricas con nuestra realidad habría que concluir que ésta es una sociedad con claras tendencias anómicas. Se profesan una serie de valores, justicia, libertad, equidad, pero en la práctica tienden a ser desconocidos o subvalorados. En consecuencia, a falta de valores se quiere siempre crear una nueva ley; pareciera que siempre faltara una ley, cuando el problema está situado en el lado del acatamiento de la norma. Esto va desde lo más simple, por ejemplo, el cumplimiento de las señales de tránsito.

Añádase que en el caso marabino la anomia, o las tendencias anómicas, podría corresponder a una cierta incapacidad de la población para generar tendencias de cambio, manera de decadencia muy previsible en sociedades que en el pasado han hecho alarde de autonomía y de usos técnicos vanguardistas.

El caso de la sociedad marabina

La desintegración material

Este estudio remite el problema planteado en la realidad marabina, una ciudad de más

de millón y medio de habitantes que vive el drama de las grandes urbes contemporáneas: crecimiento del número de los excluidos - incremento de la marginalidad, “niños de la calle” e indigentes-; nuevos problemas urbanos que se suman a los de vieja data; deterioro de la calidad de vida, desigualdad de oportunidades, contaminación ambiental, un clima político enrarecido -“enajenado”- por la vieja disputa entre las tendencias democráticas y el ímpetu autoritario de otras posturas, la presencia de corrientes inmigratorias de colombianos y de grupos étnicos -principalmente el wayúu- con lenguas, costumbres y culturas con una tradición de solidez.

¿Es aplicable a esta realidad marabina la hipótesis de que el influjo simbólico impulsado por los medios masivos atenúa el conflicto? ¿Cómo se explica la cohesión social en esta sociedad? Para examinar el problema es preciso mostrar la situación compleja y contradictoria de la sociedad marabina y sus carencias materiales, para que se visualice a qué tipo de sociedad se hace referencia.

Maracaibo concentra el 41 % de la población total del estado Zulia².

	Censo 2001		Censo 1990	
	Total	%	Total	%
Zulia	2.983.679	100	2.235.305	100
Maracaibo	1.219.927	40.8	957.888	42.8

Instituto Nacional de Estadística (2003)
XIII Censo General de Población y Vivienda³

En economía, el desempleo en el Zulia en 2002 alcanza el 17% de la población económicamente activa⁴. El empleo informal es substancialmente alto y las cifras oficiales lo colocan en 52% (INE, 2002). En los últimos diez años, la tendencia ha sido a irse incrementando. Al crecimiento de la informalidad contribuye el hecho de una mano de obra no preparada, pues predomina la población económicamente activa con educación primaria y, en el mejor de los casos, con educación media y

diversificada. El dato configura una realidad adversa por las implicaciones que ello trae, entre ellas condiciones de bajos salarios e improductividad.

Distribución porcentual de la fuerza de trabajo por nivel educativo

Zulia

	1985	1988	1993
Analfabetas	7.8	6.8	5.7
Primaria	43.8	42.3	39.3
Media básica y diver.	29.9	33.7	39.2
Media técnica	4.4	3.2	1.2
Media normal	2.6	2.2	1.3
Superior	9.1	10.1	11.5

Nacional

	1985	1988	1993
Analfabetas	8.8	7.3	5.4
Primaria	44.9	42.2	38.5
Media, básica y diver.	31.0	34.4	38.5
Media técnica	2.0	1.9	1.3
Media normal	1.7	1.5	1.0
Superior	9.2	10.9	13.9

Fuente: OCEI (1993), Encuesta de Hogares por Muestreo, segundos semestres (reprocesados por IESA)

El salario -entendido como la remuneración de la mano de obra- en el Zulia presenta valores nominales promedio consistentemente inferiores a los del promedio nacional. Esto ocurre en los sectores público, privado e informal. La diferencia en salarios nominales entre Zulia y el promedio nacional no se explica sólo por diferencias en el costo de la vida sino también por la dinámica salarial en el estado (Proyecto Zulia: Competitividad para el Desarrollo, 1996, p. 220-221).

En el área social las cifras también son contundentes. Según el diagnóstico de la Alcaldía de Maracaibo (1999) el 13% de la población no está servida por acueducto y el 87% presenta deficiencia en el servicio, se produce la pérdida del 34% del agua tratada

² El XIII Censo General de Población y Vivienda, de 2000, fija la población de Venezuela en 24.631.900 habitantes.

³ Los datos no incluyen la población empadronada en el Censo de Comunidades Indígenas.

⁴ Se toma como referencia el criterio aplicado por el Instituto Nacional de Estadística (INE) que incluye en este concepto a todas las personas de 15 años y más con disposición y disponibilidad para trabajar.



para el consumo humano por tomas ilegales; el sistema de abastecimiento de Maracaibo - sistema Tulé o Maracaibo-, en consecuencia, es deficitario. El 70% de la población en edad preescolar y el 36% de la población en edad de educación básica no está servida; el 38% de la población no tiene servicio de teléfono y la calidad es deficiente.

El sistema de cloacas está “en situación crítica; bocas de visita y colectores obstruidos producen desbordamientos de las aguas negras, las cuales corren libremente por las calles” (Alcaldía de Maracaibo, 1999, p. 455). A lo anterior puede añadirse que, de acuerdo con un estudio de Hidrolago -empresa estatal del agua- (Panorama, 22 de agosto de 2002), basado en el censo poblacional de 2001, más de 400 mil habitantes de 126 barrios de Maracaibo utilizan pozos sépticos. Esto equivale a que 29,6 % de la población marabina no cuenta con el servicio de cloacas.

Entre 1990 y 1993, el déficit neto de viviendas estaba en 59%, según OCEI, y 55% según Conzuplán (Proyecto Zulia: Competitividad para el Desarrollo, 1996, p. 86). Según informaciones de prensa (El Nacional, 4 de noviembre de 1995) un estudio llevado a cabo por la Oficina de Planificación y Presupuesto del Fondo Nacional de Desarrollo Urbano ratificó que el estado Zulia es la entidad federal con el mayor déficit de vivienda en el país, seguido de Miranda, Carabobo, Distrito Federal y Lara (Proyecto Zulia: Competitividad para el Desarrollo. Iesa y Promozulia, 1996: 86).

Según datos más recientes de la Secretaría de Planificación e Informática del Zulia (García, 2002) el déficit habitacional en este estado, hasta el año 2000, era de 250.212 viviendas, “y a pesar de que la información no se ha actualizado se estima que la cifra real esté en el orden de 300 mil, pues en los últimos 10 años la escasez de viviendas se ha duplicado, con un incremento promedio de 3.6% anual”. En la misma información, el presidente del Instituto para la Vivienda de Maracaibo (Ivima) calcula que el 50% del déficit habitacional de todo el estado Zulia se encuentra en Maracaibo. Pero no es ese sólo el problema. El propio Estado se ha encargado de estimular la dispersión urbana, a través de las políticas oficiales de vivienda. El resultado es que la densidad de

la población de Maracaibo es extremadamente baja: 75 habitantes/hectarea, lo cual se traduce en aumento de los costos de urbanización y construcción, y dificultades severas para la operación y mantenimiento de los servicios de policía, transporte, recolección de basura, correos y distribución de mercancías. “Cada año el gobierno municipal aumenta los presupuestos de gastos, haciendo los servicios más costosos, pero aún así, cada año los servicios que se prestan son cada vez más deficientes” (Alcaldía de Maracaibo, 1999).

En salud, el 80% de las necesidades no están satisfechas, sólo un 38% de la atención médica se realiza en ambulatorios y el 86% de los hospitales no funcionan en su total capacidad; la mayor parte de la atención es curativa y no preventiva (Alcaldía de Maracaibo, 1999: p. 438). En salud, la situación nutricional de los niños menores de 6 años del estado Zulia lo ubica en el grupo 2, es decir, grado de pobreza crítica intermedia, de acuerdo con las mediciones antropométricas del Instituto Nacional de Nutrición y la OCEI realizadas en 1992, conjuntamente con los estados Monagas, Lara, Yaracuy, Anzoátegui y Bolívar. Resalta el hecho que el estado Zulia es el que presenta una relación talla-edad más crítica dentro del grupo 2 (Conzuplán, 1994). La desnutrición, entonces, aparece como un fenómeno resaltante. En niños y niñas menores de dos años está en 20.57%, en la población entre 2 y 6 años 22.24%, y entre 7 y 14 años 25.21% (INN, 1999).

Las primeras causas de mortalidad general en el Zulia son enfermedades del corazón, cáncer y accidentes de todo tipo, las cuales coinciden con las de la totalidad del país. Al mismo tiempo, las tres causas principales de mortalidad infantil son las enfermedades del período perinatal, las enteritis y otras diarreicas y la neumonía, coincidiendo las dos primeras con las del resto del país; sin embargo, la neumonía constituye la quinta causa de mortalidad en Venezuela (Proyecto Zulia: Competitividad para el desarrollo, 1996, p. 93). Se consideran como las principales causas de morbilidad para el año 1994 las diarreas, faringoamigdalitis, virosis, rinofaringitis aguda, asma, fiebre, heridas, cefaleas, dolores abdominales e infecciones urinarias, causas éstas que se han mantenido invariables desde 1990 (Proyecto

Zulia: Competitividad para el Desarrollo, 1996: p. 93).

La ciudad presenta una serie de problemas de carácter ambiental: proceso de salinización y contaminación de los suelos, bloqueo del flujo natural de las aguas, aumento de la frontera agropecuaria a expensas de la cobertura boscosa natural, contaminación atmosférica, acumulación de desechos sólidos y escasa dotación de sistemas de recolección, distribución, tratamiento y disposición de las aguas servidas y deterioro gradual y alarmante del Lago de Maracaibo, como resultado de que las aguas servidas producidas por la población son vertidas allí sin ser previamente tratadas (Proyecto Zulia: Competitividad para el Desarrollo, 1996, p. 119); la mayoría de las plazas y áreas verdes se encuentran abandonadas y las calles, también en alto porcentaje, no están arborizadas. El cuadro ambiental puede completarse con otros ítems: la mayoría de las cañadas están obstruidas, grandes sectores de la ciudad experimentan inundaciones (Santa Rosa de Agua, Los Haticos -Puente España-, el Casco Central y el borde costero) y la ciudad no tiene un sistema de drenaje planificado

Atenuantes culturales

El segmento dedicado a la integración “dura”, material, evidencia no sólo contradicciones sino carencias severas. Muestra una ciudad cercada por la desigualdad y caracterizada por trabas severas para conseguir desarrollo y bienestar. Sin embargo, se genera una integración social que se sobrepone al conflicto. Dicho de otro modo, en medio de estas severas contradicciones y condiciones materiales se construye un tipo de sociedad que matiza las precariedades.

Esto es posible en razón de distintos factores: en este estudio resaltamos el rol que corresponde jugar a la comunicación en la construcción del entramado de relaciones que propicia la integración. Sin embargo, hay otros factores vinculados a la cultura que también intervienen. Aquí mencionaremos tres: 1) La lengua, el particular uso del vos en Maracaibo; 2) La cultura derivada de la condición de ser una sociedad exportadora de petróleo; 3) Su condición de “ciudad abierta”, de ciudad puerto, que bien entrado el siglo XX dependía del su puerto para el intercambio comercial, condicionada por la facilidad del transporte más accesible: el lacustre⁵.

En nuestro caso, la explicación viene dada por la acción de la comunicación. Ese influjo tan determinante se expresa en términos de cantidad y de calidad. Desde el punto de vista cuantitativo, Maracaibo registra una oferta mediática diversa y muy extendida. En TV tienen cobertura las cadenas nacionales: Venevisión, Radio Caracas Televisión, Televén y Venezolana de Televisión. Además de estos canales abiertos están otras estaciones venezolanas a las que se accede a través de la suscripción por cable: CMT, Puma TV y Meridiano. Varias operadoras de cable ofrecen sus señales: Direc TV, Net Uno e Intercable, cada una hace una oferta televisiva que va de 50 a cien canales. A lo anterior se suman los canales locales marabinos, que disputan un espacio en la preferencia de la audiencia: Niños Cantores, Urbe, Televisa y Global, y las estaciones de radio AM, FM e institucionales⁶, que funcionan entre 18 y 24 horas diarias.

Circulan tres diarios impresos: Panorama, el de más sólida tradición, que circula con alrededor de 75.000 ejemplares diarios⁷, La Verdad, con unos 15 mil ejemplares, y El

⁵ Desde mediados del siglo XVIII y durante el XIX el puerto de Maracaibo adquirió protagonismo. Desde sus muelles salía la producción que bajaba de las sabanas de Carora y toda la producción agrícola y ganadera de las tierras ribereñas. Por allí pasaban los productos que venían de Pamplona (Colombia) y de los campos y ciudades más cercanos a la cuenca del lago. Hasta bien entrado el siglo XX la página no había terminado de dar la vuelta. Maracaibo continuó siendo una ciudad que dependía del puerto para moverse. El intercambio comercial portuario constituía su base económica. La vida gravitaba alrededor del puerto, de la producción agrícola que allí descargaban las piraguas, del mercado que creció a sus alrededores y de los ferrys que unían a la costa oriental y occidental del lago. Esta condición portuaria hizo de sus habitantes gente extrovertida, abierta a las novedades y por tanto más proclive a la gratificación simbólica.

⁶ La lista de emisoras es amplia, incluye en AM a Maracaibo, Fe y Alegría, Mara Ritmo, Calendario, Mundial Zulia, Ondas del Lago, Aeropuerto, Marabina, Amistad, Radio el Sol, Marabina, Amistad, Occidental, La Voz de la Fe, Imagen Visión, Popular; en FM están Luz FM, Urbe, Éxitos, Reloj, Stéreo, Fabulosa, Fantástica, La Mega, Okey 101, Zuliana, Metrópolis, Favorita, Sabor, Maracaibo 107.3, Clásicos 100, Órbita, Calor, Romántica. Están en proceso de legalización estaciones comunitarias de radio y TV -Canal Z, Radio Coquivacoa. La Voz del Pueblo, La Curva- algunas de las cuales operan sin autorización. Estas tienen la característica -por definición- de responder a planes comunitarios y tienen un radio de acción específico y reducido. En Maracaibo, todavía ninguna ha sido legalizada.

⁷ Los datos de ejemplares en circulación son cifras aproximadas, estimadas por el autor. En este terreno no hay cifras confiables porque no hay organismos que supervisen el tiraje de los periódicos.



Regional, con unos 12 mil. También tienen presencia semanal algunas revistas.

Si bien estos datos hablan de la extensión de la cobertura, el peso principal está colocado en el valor cualitativo del ejercicio mediático. Su variedad temática -de contenido- está dirigida a producir efectos en la audiencia. Eso quiere decir persuadir, convencer e imponer determinados estereotipos, creencias y valores. Al interrogarnos sobre qué es el efecto mediático todavía resulta pertinente la explicación de Santoro (1980: p. 45) en el sentido de que es la modificación de la personalidad como resultado de la exposición a los medios masivos. En comunicación prácticamente se da como un hecho que todo mensaje está elaborado para producir o inducir un determinado proceso psíquico.

Todas estas previsiones teóricas siguen siendo válidas, pero ahora hay una variante. Si bien por mucho tiempo se planteó la interrogante de ¿qué hacen los medios con la gente?, ahora es diferente. Lo pertinente es preguntarse, ¿qué hace la gente con los medios?. Estamos ante la realidad de una audiencia activa, selectiva, que buscan en los medios satisfacer necesidades y conseguir las mejores gratificaciones; saben lo que quieren y han hecho del *zapping* un mecanismo habilidoso de retroalimentación.

Conclusiones

1. La imagen clásica de integración social, entendida como una ecuación en la que intervienen factores consensuales y coercitivos, experimenta una renovación. Si bien la idea de hegemonía postulada por Gramsci mantiene cierta pertinencia, en el sentido de que se trata de una “batalla” por hacer prevalecer un tipo de enfoque cultural, ahora el problema se plantea como una relación entre una integración dura, que incluye lo material, el empleo, las condiciones de vida, el acceso a los códigos de la modernidad, y una integración sujeta a la creación de símbolos, imágenes y creencias, simbólica en una palabra.
2. Los indicadores de la integración material son desfavorables. Los datos muestran el drama social que vive Maracaibo, una urbe en crecimiento que sigue la tendencia de las grandes concentraciones urbanas: crecimiento del número de excluidos, acumulación de los problemas de la ciudad, deficiencia de los servicios públicos, alto porcentaje de informalidad en el empleo, una población económicamente activa con bajo nivel de preparación -con predominio de la educación primaria-, con problemas de carácter ambiental como la contaminación atmosférica y escasa dotación de sistemas de recolección, distribución, tratamiento y disposición de las aguas servida. Sin embargo, se genera un tipo de cohesión social que se sobrepone al conflicto, en razón de distintos factores como el predominio de una cultura rentista, derivada de la condición de sociedad exportadora de petróleo; la cohesión que se origina en los rasgos regionales que resultan del uso del vos como variedad dialectal, pero sobre todo por el efecto de la acción comunicativa, que eleva los puntos de la integración simbólica.
3. La comunicación tiene sus nudos conflictivos. Por un lado, los medios masivos reflejan las tensiones y contradicciones de la sociedad venezolana y marabina. Por otra parte, en el plano de las relaciones interpersonales y grupales de la sociedad marabina sobresalen los prejuicios sociales y acciones discriminatorias, generándose barreras en la comunicación y déficit de integración. No obstante, el balance en el ámbito simbólico comunicativo favorece a los mecanismos integradores porque las audiencias de los medios establecen con éstos una relación de gratificación; dicho de otro modo, el público se expone a la comunicación masiva en forma selectiva. Se usan los medios para satisfacer necesidades, reforzar puntos de vista y conseguir escapar de los problemas. Al mismo tiempo, como resultado de la potencialidad tecnológica experimentada por los medios masivos se incrementan las opciones de gratificación simbólica, por vía de la apertura comunicacional. A principios de la década de los ochenta el usuario de la televisión encontraba tres o cuatro canales, en los noventa siete u ocho, y a principios del tercer milenio tiene más de un centenar de opciones a su disposición.
4. La realidad comunicacional venezolana -dentro de la cual se encuadra la marabina-

tiene una especificidad propia. Prevalecen los medios masivos de propiedad privada, no obstante surgen y se mantienen opciones públicas, institucionales y comunitarias. En el caso de Maracaibo, la oferta mediática sigue una tendencia expansiva, lo cual puede medirse en su diversidad y extensión, y también en el valor cualitativo, entendido como la variedad temática y de contenidos. Esto significa que para la sociedad marabina también es válida la apreciación que visualiza el desarrollo de amplios mecanismos gratificadores, por intermedio de la producción simbólica generada por los medios masivos.

5. El dispositivo mediático y su resultado más evidente, el producto simbólico comunicacional, sirve de soporte a la cohesión social, establece vías para la interacción y compensa el déficit. Dicho en términos precisos permite contrarrestar las tendencias hacia la anomia social.

En este caso actúa de ese modo, con ese resultado.

Hay tendencias que conducen a la disociación. En la sociedad marabina la explicación no viene dada por la explicación tradicional de ausencia de normas. En esta caso hay normas, pero no se acatan. El problema, valga la reiteración, no es de falta de normas sino de incumplimiento. Se profesan una serie de valores, justicia, sentido de equidad, pero en la práctica tienden a ser subvalorados y desconocidos.

En síntesis, puede concluirse que la sociedad marabina se caracteriza por su mal o pobre integración y de allí derivan un conjunto de consecuencias: conflictos, pérdida de cohesión social y de oportunidades para mejorar su calidad de vida. Sin embargo, sería exagerado e impropio establecer que sea una sociedad desintegrada. Es decir, tiene una integración con particularidades y especificidades.



Referencias

- Ahumada, J. (1967). "Hipótesis para el diagnóstico de una situación de cambio social" en Bonilla, Frank y SILVA MICHELENA, José A. (Editores) Exploraciones en análisis y en síntesis. Caracas: Centro de Estudios del Desarrollo UCV y Centro de Estudios Internacionales del Instituto Tecnológico de Massachussets.
- Arendt (1998). Crisis de la República. España: Taurus.
- Alcaldía de Maracaibo (1999). Plan de Desarrollo Urbano del Municipio Maracaibo
- Baron, R. y Byrne, D. (1998). Psicología Social (Octava Edición) Madrid: Printice may.
- Bracho, C. (2002). "Sin cloacas 29 % de los zulianos". Diario Panorama. 22.08. p. 1-3
- CIESPAL (1990). Departamento de Investigación. Inventario de medios.
- CONZUPLÁN (1994). Boletín demográfico.
- CONZUPLÁN (1994). Folleto sobre la situación del Zulia. Resumen estadístico. De La Torre, A. (1997, octubre). Desarrollo de la comunicación en América Latina (Conferencia) Caracas.
- Castronovo, R. (coordinadora) (1998). Integración o desintegración social en América Latina en el mundo del Siglo XXI. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Díaz, Nancy (1998). El relato de una vida: apuntes teóricos-metodológicos en comunicación. Disponible en www.ull.es/publicaciones/latina (Consultado el 20-06-2000).
- Durkheim, E. (1974). El suicidio. México: UNAM.
- García, C. (2002). "50% del déficit habitacional del Zulia está en Maracaibo". Diario La Verdad, 9.07. p. D-3.
- Guinsberg, E. (1985). Control de los medios, control del hombre. Medios masivos y formación psicosocial. México: Nuevomar.
- Gramsci, A. (1981). Cuadernos de la cárcel. México: Era.
- Hopenhayn, M. (2000). Problemas de integración social, material y simbólica en el escenario latinoamericano de creciente globalización. Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura. Vol. VI. No. 1. 11-29.
- Hopenhayn, M. (1998). "Integración y desintegración social en América Latina: Una lectura finisecular". En CASTRONOVO, Raquel (coordinadora) Integración o desintegración social en América Latina en el mundo del Siglo XXI. Buenos Aires: Espacio Editorial.

- Hopenhayn, M. (SF). Ciudadanía, igualdad y cohesión social: La ecuación pendiente. Situación en la Fuerza de Trabajo. Informe Mensual. Instituto Nacional de Estadística (2003). XIII Censo General de Población y Vivienda, consultado en Internet el 1/03/2003 en www.ine.gov.ve
- Instituto Nacional de Nutrición del Estado Zulia (1999). Situación nutricional de niños menores de 15 años.
- Klapper, J. (1975). "Los efectos sociales de la comunicación de masas", en SCHRAMM, Wilbur (comp.) La Ciencia de la Comunicación Humana. México: Editorial Roble.
- Lozano, J. (1996). Teoría e investigación de la comunicación de masas. México: Alhambra Mexicana.
- Marx (1859). Preface to A contribution to the critique of political economy, en R.C. TUCKER (1978). 3-6 Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política. México: Siglo XXI.
- Marx, C. (1989). Contribución a la Crítica de la Economía Política. Moscú: Edit. Progreso.
- Melossi, D. (1992). El Estado del control social. México: Siglo XXI Editores.
- Myers, D. (1997). Psicología social. México: McGraw Hill.
- OCEI (1993). Anuario Estadístico de Venezuela.
- OCEI (1990). Situación habitacional en Venezuela.
- Parsons, T. (1974). La sociedad. Perspectivas evolutivas y comparativas. México: Editorial Trillas.
- Pasquali, A. (1978). Comprender la comunicación. Venezuela. Monte Avila.
- Promozulia-Centro de Gerencia Estratégica y Competitividad-Iesa (1996). Proyecto Zulia: Competitividad para el Desarrollo. Volumen I. Caracas: Ediciones Iesa C.A.
- Santoro, E. (1980). La televisión venezolana y la formación de estereotipos en el niño. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Wolf, M. (1991). La investigación de la comunicación de masas. España: Ediciones Paidós.
- Wright, C. (1963). Power, Politics and People. Oxford University Press, Nueva York (trad. Italiana Saggi di sociología della conoscenza, Bompiani, Milán, 1971).